

**D**ulzura y poder. El  
lugar del azúcar en  
la historia moderna  
Sidney W. Mintz (autor)

A finales de la década de los años setenta y principios de los ochenta, Sidney Mintz redactó esta trascendental obra que fue publicada por primera vez en su versión en inglés en 1985, en Nueva York. Dado el carácter antropológico del estudio, el autor deplora la ausencia de trabajo de campo *per se*, lo cual de ninguna manera demerita la investigación, que inició como por casualidad treinta años antes de empezar su redacción. Durante ese tiempo, Mintz estuvo en contacto directo y permanente en diversas plantaciones e ingenios azucareros del Caribe, lo que le permitió la reflexión acerca de un aspecto cultural del pueblo inglés que aparentemente podría explicarse como algo natural: la demanda de la sacarosa, esa clase de azúcar extraída de la caña de azúcar.

Aunque el trabajo se circunscribe a un producto en particular, es uno de los más importantes de los últimos tiempos dentro del ámbito de los estudios antropológicos de la alimentación, ya que Mintz rompe las barreras que atan a la antropología a un método tradicional que elude la construcción de una antropología de la vida moderna, objetivo al que tiende el autor con su obra.

El interés antropológico, dice Mintz, por la forma en que persona, sustancia y acto se integran significati-

JUAN PÍO  
MARTÍNEZ ♦

Sidney W. Mintz  
*Dulzura y poder. El  
lugar del azúcar en  
la historia moderna*  
(Trad.  
Laura Moles  
Fanjul;  
Rev. Victoria  
Schussheim).  
México: Siglo XXI,  
1996, 299 p.

♦ Departamento  
de Estudios  
Socio-Urbanos, UdeG

vamente, puede ejercerse tan bien en el mundo moderno como en el primitivo. Los estudios de la cotidianidad en la vida moderna, del carácter cambiante de asuntos mundanos como la comida, vistos desde la perspectiva combinada de la producción y el consumo, el uso y la función, y preocupados por la aparición diferencial y la variación del significado, pueden constituir una fuente de inspiración para una disciplina que está peligrosamente cerca de perder el sentido de su propósito (p. 271).

De esa manera sintetiza Mintz el esquema que configura su propio texto, con el que tiene acceso a la creación de esa nueva antropología que propone. Para lograr su objetivo necesariamente tuvo que recurrir a la historia, pues comprende que, sin ella, la antropología compromete gravemente su poder explicativo (p. 28). No se pueden aislar hechos históricos en un “momento”, hacer abstracción de su pasado y su futuro. No existen estructuras sociales y tampoco significados de los acontecimientos con carta de naturalidad; estructuras y significados poseen orígenes históricos específicos.

A partir de ese marco teórico-metodológico, el autor explica en cinco capítulos los sutiles mecanismos que impulsaron a una demanda cada vez mayor de azúcar entre los ingleses. Aunque el período fundamental lo marcan los años que van de 1650 a 1900, Mintz hace la historia del azúcar antes de que la conocieran los europeos hasta su papel en la alimentación inglesa durante los años de 1980. Solamente abordando la historia social del uso de nuevos alimentos, entre los que el azúcar constituyó en la vida de Inglaterra el “epítome de la transición de un tipo de sociedad a otro” (p. 271),

---

podía el autor contribuir a la antropología de la vida moderna.

En el primer capítulo (Comida, Socialidad y Azúcar), el autor propone una antropología de la comida y el comer, que enfatice los usos que adquiere la alimentación en determinados momentos, ya que dichos usos implican significados. ¿Por qué, por ejemplo, en Inglaterra una dieta cárnica, combinada con un aumento constante de consumo de grasas y azúcares, sustituyó a una dieta de carbohidratos complejos, como los que proporcionan los granos y tubérculos?; ¿y cómo fue sobre todo que el azúcar llegó a ser, entre la mayoría de la población inglesa, el alimento fundamental?. El asunto no es casual y, para comprenderlo cabalmente, hay que explicarse la función del azúcar entre los ingleses, lo que nos remite al problema del significado, y éste a su vez a la historia para ver cómo se plasma precisamente el significado en el comportamiento.

En el segundo capítulo (Producción), que lo mismo que el tercero y el cuarto es el de mayor carácter histórico, el autor se remite a los orígenes más remotos del azúcar y a los momentos iniciales en que Europa empieza a conocer ese producto. A Inglaterra llegó probablemente durante el siglo XII y, desde entonces hasta el siglo XVII, su producción había estado limitada a los requerimientos de las clases dominantes. El incremento en la producción estuvo fuertemente asociado a la transformación de la estructura económico-social de Inglaterra. En el siglo XVIII hizo su aparición la mano de obra libre y en las colonias el trabajo forzado aplicado a la plantación de caña de azúcar, la cual puede considerarse desde entonces una “actividad industrial”



(p. 84), una verdadera empresa capitalista. El incremento en la producción de azúcar permitió el inicio de una masificación en su consumo que, hacia mediados del siglo XVIII, cobró una importancia mayor al trascender los usos tradicionales que hasta ese tiempo había tenido el azúcar como medicina, especia, edulcorante, conservador o sustancia decorativa ostentosa.

En el tercer capítulo (Consumo) se explica el origen de los significados que los ingleses atribuyeron al azúcar. Pese al auge que tuvo su consumo después de 1650, cuando incluso los pobres la desean, todavía hasta 1750 aproximadamente, el consumo de azúcar seguía siendo exclusivo de los ricos. Al popularizarse el té endulzado y la melaza después de este último año, declinó la importancia simbólica del azúcar. Para los ricos, los alimentos dulces habían ido creciendo en importancia junto a una dieta cárnica; pero el uso del azúcar correspondía a los usos o “funciones” que se le habían asignado antes de su popularización. Para los pobres, el azúcar se convirtió en una verdadera necesidad, sobre todo después de 1850, año en que cae el precio del producto. Aproximadamente a partir de 1750, el azúcar empezó a usarse como alimento, como una fuente sustancial de calorías ante la inaccesibilidad a una dieta cárnica; esa nueva importancia dietética socavó la importancia simbólica del azúcar, lo cual solamente afectaba a la clase rica que ni se inmutó, pues el azúcar adquirió también una nueva importancia económica que les redituaba a los poderosos sustanciosas ganancias.

Esta inversión, dice Mintz, marca la transformación final del azúcar de un artículo suntuario a uno coti-

diano, y a uno de los primeros productos comestibles que satisfacían la visión capitalista de la relación entre la productividad de la mano de obra y el consumo. El lugar del azúcar en la economía capitalista en expansión en Inglaterra fue cualitativamente distinto en 1850 de lo que había sido en 1750. La diferencia tenía que ver tanto con el desarrollo de una economía industrial como con las relaciones cambiantes entre esa economía y las colonias de ultramar (p. 197).

En el cuarto capítulo (Poder), el autor explica cómo al adquirir un nuevo uso el consumo de la sacarosa adquirió también nuevos significados. Con ánimo de ser lo más objetivo posible, afirma que los cambios alimenticios que tuvieron lugar en Europa entre los siglos XVIII y XIX se debieron al impulso de una economía mundial capitalista, pero que esos cambios no fueron intencionales y que probablemente sus consecuencias esenciales tampoco fueron muy bien comprendidas (p. 207). No obstante, la adquisición de los nuevos significados del azúcar no puede desligarse del poder de las clases ricas, ya que durante la época de la industrialización, el azúcar y el tabaco, entre otras novedades, transformaron las comidas e incluso la definición de las mismas, mientras que los cambios económicos modificaron los horarios de los alimentos.

A medida que el dechado del lujo se convertía en golosinas proletarias baratas gracias al esfuerzo individual, la sacarosa era uno de los opios del pueblo y su consumo constituía una demostración simbólica de que el sistema que la había producido tenía éxito (p. 224).



Con el uso de los nuevos productos que el capitalismo contribuyó a popularizar: el tabaco, el azúcar y el té, surgió la idea compleja de que uno podía volverse diferente al consumir de modo diferente. Mintz reconoce lo difícil o imposible de probar que las grandes alteraciones de fondo en el ritmo y la naturaleza del trabajo y de la vida cotidiana influyeron sobre los cambios en la dieta, y aunque acepta que no hubo “una conspiración para echar a perder la nutrición de la clase trabajadora británica, para volverla adicta o estropearle los dientes”, asegura que:

El aumento constante en el consumo de azúcar fue un artefacto de lucha entre las clases en pro de las utilidades, luchas que resultaron eventualmente en una solución del mercado mundial para los alimentos droga, a medida que el capitalismo recortó sus pérdidas proteccionistas y expandió un mercado masivo para satisfacer a los consumidores proletarios otrora considerados como pecadores o indolentes (pp. 237-238).

El quinto capítulo (Comer y Ser) es conclusivo. Aquí el autor reflexiona acerca del destino y estudio del azúcar en la sociedad moderna. A partir de que después de 1850 el azúcar se convirtió en una necesidad entre las clases pobres de Inglaterra, hacia 1900 adquirió, por así decirlo, el don de la ubicuidad en la alimentación. Esto ha representado la proliferación cada vez más difundida de comidas rápidas para satisfacción de los tiempos modernos, en los que la sensación de prisa que generó la industrialización constituye precisamente una de sus más grandes paradojas. Como producto de

---

esta paradoja, el carácter de sociabilidad de la comida se ha perdido cada vez más, a lo que ha contribuido el hecho de que los países desarrollados hayan efectuado un uso industrial del azúcar y hayan propiciado un aumento constante del consumo de grasas. Ahora más que nunca, dice Mintz, somos lo que comemos.

...en el mundo occidental moderno nos convertimos cada vez más en lo que comemos, cuando fuerzas sobre las que no tenemos control nos convencen de que nuestro consumo y nuestra identidad van de la mano (p. 267). ☞